

3 - JUAN PABLO II REVELA LA INFLUENCIA DE SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT EN SU ESPIRITUALIDAD

Cir-44 ¿¿-07-83

En la capilla privada de Juan Pablo II, encima del altar, muy alto, un gran crucifijo; debajo de uno de los brazos de la cruz, en el lado del corazón, en el lugar supuesto del Stabat Mater, un pequeño icono de la Virgen de Chestochowa. Es bien conocida la devoción del Papa a la Virgen. Tiene su fuente en el Evangelio, desde luego, pero ha influido también en gran medida un librito perdido o escondido durante un siglo y medio, el *Traité de la Vraie Dévotion a la Sainte Vierge*, de Saint Louis Marie Grignon de Montfort, escrito alrededor de 1700. El siguiente texto es de Juan Pablo II:

"La lectura de este libro supuso un viraje decisivo en mi vida. Digo viraje aunque en realidad se trata de un largo camino interior, que coincidió con mi preparación clandestina para el sacerdocio. Fue entonces cuando cayó en mis manos este libro, tratado singular, uno de estos libros que no basta "haber leído". Recuerdo que lo llevé mucho tiempo en el bolsillo, incluso en la fábrica de sosa, y que sus hermosas tapas se mancharon de cal. Releía una y otra vez algunos de sus pasajes. Pronto advertí que, independientemente de la forma barroca del libro, allí se trataba de algo fundamental. Entonces ocurrió que la devoción de mi niñez e incluso de mi adolescencia hacia la madre de Cristo cedió paso a una actitud nueva, una devoción que procedía de lo más profundo de mi fe, como del mismo corazón de la realidad trinitaria y cristológica."

"Si antes me contenía por temor a que la devoción mariana tomara la delantera a la de Cristo, en lugar de cederle el paso, al leer el tratado de Grignon de Montfort comprendí que, en realidad, ocurría algo muy distinto. Nuestra relación interior con la Madre de Dios dimana orgánicamente de nuestra vinculación al misterio de Cristo. Por tanto, es imposible que se estorben entre sí."

"Al contrario la verdadera devoción a la Virgen Santísima se reafirma con mayor fuerza en aquel que avanza en el misterio de Cristo, Verbo encarnado, y en el misterio trinitario de la salvación que se centra en él. Incluso se puede decir que, a quien se esfuerza en conocerle y amarle, el propio Cristo le señala a su madre, como hizo en el Calvario con su discípulo Juan."

"Se trata de este episodio del Evangelio: Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María, la de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la Madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Luego dijo al discípulo: He ahí a tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa."

"La devoción perfecta a María (en palabras del autor del tratado), es decir su verdadera-ro conocimiento y el abandono confiado entre sus manos, crece con nuestro conocimiento de Cristo y nuestro abandono confiado en su persona. Lo que es más, esta devoción perfecta resulta indispensable para quien pretende entregarse sin reservas a Cristo y la obra de la redención. Grignon de Montfort nos introduce en la misma disposición de los misterios de los que se alimenta nuestra fe, que la hacen crecer y la vuelven fecunda. Cuanto más se ha centrado en la realidad de la Redención mi vida interior, más claro he visto que la entrega a María tal como la presenta San Luis Grignon de Montfort es el mejor medio de participar con provecho y eficacia de esta realidad para extraer de ella y compartir con los demás unas riquezas inefables."

"Mi devoción mariana así modelada -de la que no le doy ahora más que un simple esbozo- vive en mí desde entonces. Es parte integrante de mi vida interior y de mi teología espiritual. Es sabido que el autor del tratado define su devoción como una forma de esclavitud. Quizás esta palabra choque a nuestros contemporáneos. Para mí no supone ninguna dificultad. Veo, en ello una especie de paradoja de las que tanto abundan en los Evangelios, en la que las palabras santa esclavitud pueden significar que nosotros no sabríamos explotar más a fondo nuestra libertad, el más grande de los dones que Dios nos ha hecho."

"Yo pienso que esto es lo que el autor quiso demostrar. Debo añadir que mi más personal e íntima relación espiritual con la Madre de Cristo, ya en tiempos de mi juventud, había entrado en el gran río de la devoción mariana que en Polonia tiene su historia y sus corrientes complementarias. Yasna Gora, Chestochowa, ha dado testimonio de esta tradición en el curso de los siglos y, recientemente, en los años 1956-1966 y después. Citaré, en particular, el santuario mariano Kalwaria Zebrzydowska, próximo a Cracovia y a Wadowice, donde yo nací, por el que siento un gran cariño y que visité con frecuencia durante mi juventud y, posteriormente, de sacerdote y de obispo. Puedo decirle que allí, en el estilo de piedad que es el del pueblo al que yo pertenezco, hallé lo que había descubierto en el tratado." ("¡No tengáis miedo!", André Frossard dialoga con Juan Pablo II, p. 130-132, Plaza, 1982).